

**Extracto del artículo “La imagen de dios en la nueva situación cultural”
de Andrés Torres Queiruga**

FIDELIDAD A LA TIERRA:

DIOS QUE CREA POR AMOR

El gran malentendido entre el cristianismo y la cultura moderna consiste en que una iglesia envejecida y poderosa ofrece una resistencia al avance que suponen las nuevas conquistas de la ciencia (Galileo, Darwin, la crítica histórica de la Biblia y los dogmas) y de la política (oposición a la revolución social y a la democracia política). De “falta de fidelidad a la tierra” la acusó Nietzsche. La Iglesia dio pie a eso. La acusación, al señalar una deficiencia histórica real, puede convertirse en ocasión para repensar con más claridad la verdadera esencia de la fe. La idea bíblica de creación desde el amor ofrece el mejor fundamento.

Un Dios cuya gloria es la persona humana en plenitud de vida

Tomar en serio la idea de un Dios que desde la plenitud infinita de su Ser se decide a crear, sólo puede verse como una opción por el don y el amor. De suerte que su único y exclusivo interés en hacerlo es el bien y la realización de la criatura. Lo cual, a su vez, significa que todo aquello que la apoye, promueva o mejore constituye una afirmación y prolongación de la acción creadora. Y, al revés, todo lo que se opone a ella, se opone, idénticamente, a la creación. Las deformaciones históricas, una vez reconocidas, no deben ocultar que no cabe base más profunda ni más decisiva para una profunda “fidelidad a la tierra” (Teilhard de Chardin).

La idea de creación es tan radical que rompe de raíz todo dualismo. De ahí que sea preciso desenmascarar ideas que en otro tiempo pudieron tener un sentido aceptable, pero que hoy reciben espontáneamente una lectura deformante. Tales como las de que el hombre y la mujer fueron creados para la “gloria” de Dios o para su “servicio”. La visión de la vida que inducen frases de ese tipo –aparte de sugerir un Dios interesado y preocupado por sí mismo– es de un dualismo heterónomo y alienante.

Dualismo, porque el “servicio”, sancionado con premio o castigo, implica que hay dos esferas de intereses: la del “señor” y la del “siervo”. De modo que estructuralmente lo que es bueno para uno no lo es para el otro, y la vida humana se divide en una parte reservada para ella y otra que debe ser entregada a Dios, “cumpliendo” con El. *Alienante*, porque así fue percibido culturalmente. De hecho, ésta fue, ya antes de Nietzsche, la preocupación de Hegel contra la “conciencia desgraciada” y la acusación de Feuerbach: en esta concepción, “para que Dios sea todo, el hombre tiene que ser nada”.

Pero esto queda muy lejos de la visión bíblica, que, a pesar de las inevitables deficiencias de un largo camino de descubrimiento revelador, nunca dejó de ver a Dios como el que libera y no se preocupa por su culto, sino únicamente por las necesidades humanas. Y con Jesús de Nazaret lo descubre como *Abbá* que ama sin restricción y perdona sin condiciones, y que en su “mandamiento nuevo” no pide otra cosa que amor a los

hermanos (cf. Mt 25,35). La primera carta de Juan no hará más que sacar la consecuencia, cuando escriba una definición osada e insuperable: “Dios es amor” (1 Jn 4, 8.16). Es decir: “Dios consiste en estar amando”, con un amor que no piensa en sí mismo, sino sólo en el bien de los demás. “La gloria de Dios es que la persona humana viva” (Ireneo de Lión).

Un Dios comprometido pero no intervencionista

Desde una perspectiva más teórica, pero de enormes consecuencias prácticas, una gran fuente de malentendidos radica en la incorrecta reinterpretación de la relación de Dios con un mundo regido por leyes autónomas. El cambio no era fácil, porque toda la Biblia y lo fundamental de su comprensión teológica se fijaron dentro de la anterior imagen del mundo, que veía a Dios interviniendo empíricamente en todo y continuamente. La nueva visión descolocaba literalmente a la teología, puesta entre tres malas soluciones que hacían muy difícil comprender y vivir la presencia de Dios en la vida humana.

En la *visión intervencionista*, gracias a su trasfondo mitológico, la trascendencia divina, falsamente imaginada como alta y lejana, se compensaba con la total permeabilidad del mundo a los continuos influjos sobrenaturales: los buenos pensamientos podían venir de ángeles y las enfermedades podían estar causadas por demonios. En la nueva mentalidad esa permeabilidad resulta impensable: ni las personas más piadosas piensan –como hacía el mismo Tomás de Aquino– que la luna está movida por una inteligencia angélica o que la epilepsia equivale –como en los mismos Evangelios– a una posesión diabólica. Pero la segunda solución, el *deísmo*, con su “dios arquitecto o relojero”, que se desentiende de su creación, tampoco puede satisfacer la experiencia cristiana, basada en un Dios vivo, íntimamente presente en el mundo y actuante en la historia.

Lo grave fue que entre las dos posturas no era posible realizar una auténtica mediación. Poco a poco se fue instalando en la conciencia general una solución de compromiso, consistente en una especie de *deísmo intervencionista*. Por un lado, se vive –por ósmosis cultural– la evidencia innegable de la consistencia y regularidad de las leyes físicas; pero, por otro, sin la suficiente clarificación conceptual, se mantiene la creencia en intervenciones divinas concretas. A eso responde la imagen de un “dios” que está en el cielo, a donde nos dirigimos para invocarlo y desde donde él interviene de vez en cuando (y no para todos, incluso cuando lo necesitamos desesperadamente).

La idea de la creación por amor, bien pensada, permite una mejor salida, gracias a una inversión radical del problema. No es preciso romper la legalidad criatural ni dejarla cerrada en sí misma bajo la mirada de un “dios” distante. El creador no tiene que venir al mundo, porque está ya siempre dentro de él en su raíz más profunda y originaria. Tampoco tiene que recurrir a intervenciones puntuales porque su acción es la de sustentar, dinamizando y promoviendo todo: está ya “desde siempre trabajando” en su creación.

No se niega la validez religiosa de la experiencia antigua, que veía a Dios actuando de verdad en el mundo, en la historia y en la vida, ni es preciso renunciar a la cultura actual. Como modernos, comprendemos que Dios actúa a través de la acción de las criaturas y de

sus leyes; por eso, podemos y debemos aceptar que el mundo está entregado a nuestra responsabilidad, aunque no hubiera Dios (*etsi Deus non daretur*). Pero, como nuestros antecesores en la fe, podemos verla como una responsabilidad “agraciada”; no de titanes ni de esclavos, sino simple y gloriosamente de hijos.

Una moral teónoma

Otro de los puntos, acaso el de más consecuencias psicológicas del malentendido cultural del Dios cristiano, radica en una visión profundamente deformada de su relación con la moral. Un “dios” que nos creó “para su gloria” y a quien hay que “servir”, convierte la moral en algo necesariamente heterónomo, es decir, en una carga impuesta por él sobre nosotros: una serie de “mandamientos” que nos ordena cumplir o de “prohibiciones” que nos manda evitar.

Kant, en el nacimiento mismo del mundo moderno, denunció esta concepción como indigna e infantilizante. Y seguramente nunca será posible medir la cantidad de resentimiento que acumuló en la conciencia cultural de occidente una concepción que invierte y pervierte el sentido de la religión en relación con el esfuerzo moral. En lugar de percibir la palabra y la presencia de Dios como ayuda y apoyo en la dura lucha que inevitablemente implica la autorrealización humana como tal —es decir para todos, tanto creyentes como no creyentes—, fue interpretada como exigencia, imposición y amenaza por su parte.

Encima, esa moral se presentó como sancionada, en caso de fallo, con el terrible castigo del *infierno*. El Dios que crea por amor y que sólo piensa en el bien y la felicidad de sus criaturas, acabó siendo descrito como capaz de castigar, por toda la eternidad y con tormentos inauditos, faltas, en definitiva, siempre pequeñas, fruto de una libertad débil y limitada. (Piénsese que el avance de la sensibilidad lleva en nuestro tiempo a una oposición generalizada de la pena de muerte e incluso de la cadena perpetua: ¿seremos los humanos mejores que Dios?)

La visión del pecado marcha en paralelo. Tomás de Aquino dijo que el pecado no era malo porque le haga daño a Dios, sino porque nos lo hace a nosotros: “no ofendemos a Dios más que en la medida en que actuamos en contra de nuestro bien”. Sin embargo, todo el peso del discurso acerca del pecado, ignoró —y sigue ignorando— que el interés de Dios consiste en que no nos hagamos daño a nosotros mismos, no malgastemos la vida propia ni ajena, no arruinemos la realización humana.

La verdad del Dios que crea por amor deslegitima esa deformación dualista. La moral no es una carga impuesta por Él desde fuera, sino una exigencia de nuestro ser que, superando la inseguridad y la limitación del instinto, busca aquellas pautas de conducta que le permitan alcanzar su mejor realización. Realización auténtica que es justamente el único interés de Dios al crearnos. Por eso su presencia en nuestro esfuerzo moral sólo tiene sentido como iluminación y apoyo, como ánimo y perdón. Jesús no condena nunca y, cuando muestra la actitud de Dios ante el pecado humano, la muestra como la del

padre preocupado exclusivamente por el bien del hijo, que en el pecado estaba arruinando su vida (cf. Lc 15, 24).

Kant intuyó esa estructura fundamental: “la religión es (considerada subjetivamente) el conocimiento de todos nuestros deberes como mandamientos divinos”. Intuición que Paul Tillich aplicó a la teología mediante el concepto de teonomía (de *nomos* ley, y *teos*, Dios), que sintetiza bien los dos aspectos. La ley de nuestro ser manifiesta la intención creadora de Dios para bien nuestro: “la razón autónoma unida a su propia profundidad”.